

No todos «por la *Patria*». Deserciones y problemas logísticos en el ejército durante la independencia peruana, 1820-1822

Not all “for the Motherland”. Desertions and logistical problems in the Army during Peruvian Independence, 1820-1822

Patricio A. Alvarado Luna¹

Resumen

Las noticias de la proximidad de la Expedición Libertadora y la posterior presencia del ejército de José de San Martín en el virreinato del Perú generaron una serie de deserciones dentro del ejército realista, tanto entre los altos mandos como en la tropa del común. En ese sentido, se analizarán las medidas empleadas tanto por el gobierno virreinal como por el Ejército Libertador entre 1820 y 1822 para solventar los problemas logísticos y, especialmente, frenar las deserciones. Sobre esto último, se enfatizará el estudio sobre los posibles motivos por los cuales se produjo esta situación. Asimismo, se explicarán las medidas y sanciones tomadas en contra de estos desertores, y sus efectos en la moral de cada ejército.

Palabras clave: deserción, Ejército Libertador, tropas, independencia, Perú, siglo XIX

213

1 Ph. D. en Historia Ibero-latinoamericana. Docente del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
E-mail: patricio.alvaradol@pucp.pe
ORCID: 0000-0001-7064-3392

Abstract

The news of the proximity of the Liberating Expedition and the subsequent presence of José de San Martín's army in the Viceroyalty of Peru generated a series of desertions within the royalist army, both among the high command and among the common troops. We will analyze the measures used by both the viceregal government and the Liberation Army between 1820 and 1822 to solve logistical problems and, especially, to stop desertions. Moreover, the study will be emphasized on the possible reasons why this situation occurred. Likewise, the measures and sanctions taken against these deserters and the effects that this had on the morale of each army will be explained.

Keywords: desertion, Liberating Expedition, troops, Independence, Peru, 19th century

1. Deserción, el principal crimen de la tropa

De esta manera, considera Rabinovich el tema de la deserción frente a otros actos cometidos por la tropa, tales como el robo, el asesinato o incluso las violencias sexuales. Según sostiene, a medida que las campañas se prolongaban durante meses y años, el “aprecio” hacia los jefes militares comenzó a decaer al punto de volverse incluso impopulares, especialmente cuando se cometían abusos, los sueldos no se pagaban y el hambre comenzaba a propagarse. Cuando se unían todos estos factores, «no había patriotismo que alcanzase y los soldados empezaban a mirar con nostalgia creciente el camino del terruño, del ranchito con la familia y el sembradío abandonados», de modo que, en ocasiones, los batallones y regi-

mientos se fragmentaban incluso antes de haber disparado un solo tiro (2013, pp. 136-137).

Y es que la desertión no era algo reciente ni característico de los últimos años del proceso de independencia hispanoamericano. En los primeros años del gobierno del virrey Abascal, por ejemplo, las noticias que se tenían en el virreinato sobre la Expedición Auxiliadora del Alto Perú demuestran la situación de inestabilidad dentro del ejército, al punto que muchos, tras algunos combates y tras resultar heridos, optaban por desertar (Alvarado Luna, 2020, p. 124). Estas deserciones terminaban afectando al ejército realista en el Alto Perú como al bonaerense. Incluso, en el contexto del armisticio entre Castelli y Goyeneche, el primero le propuso al segundo la posibilidad de que los desertores de una y otra facción sean admitidos en sus respectivos ejércitos (Díaz Venteo, 1948, pp. 177-180). Sin embargo, pese a los esfuerzos, las derrotas militares de Goyeneche entre 1812 y 1813, así como el avance de las tropas bonaerenses en la región altoperuana, ocasionaron una vez más el aumento de los desertores –hasta el punto de sobrepasar los 2.000 soldados– y la falta de confianza por parte de las tropas frente a sus superiores (Albi de la Cuesta, 2009, p. 73; Alvarado Luna, 2020, p. 138).

Como jefe del ejército del Alto Perú, pese a las victorias obtenidas entre 1813 y 1815, Pezuela también tuvo que hacer frente a la desertión dentro de sus tropas. Así, por ejemplo, antes de la batalla de Vilcapugio, a inicios de septiembre de 1813, su ejército apenas superaba los 3.200 hombres producto de las continuas deserciones por falta de pago, falta de alimento y años de guerra (Alvarado Luna, 2020, p. 139). Durante estos años, tal como expone Luqui, el tema de los alimentos y su provisión fue fundamental. Ahora bien, es importante destacar que por un lado se encuentran las orde-

nanzas respecto de la alimentación de las tropas realistas en América y por otro lado se encuentra la situación real (2006, pp. 294-295). Si en las ordenanzas se estipulaba una dieta estricta y organizada por comidas/horas se podía ingerir café o té con un par de huevos por la mañana, por ejemplo, carne salada, arroz o fideos al mediodía y una cena ligera, en la práctica esta alimentación distaba mucho de ser la estipulada por las reales órdenes. A esto hay que sumarle las particularidades del terreno, la posibilidad de recursos que se hallaban y las formas de cocinar los alimentos (Luqui, 2006, p. 296).

Una situación similar se dio en el otro bando. Según sostiene Morea, el carácter improvisado del ejército bonaerense terminó generando diversas complicaciones y afectó su desempeño. Su composición fue heterogénea, al punto que conforme avanzaban hacia el interior dejó de estar conformado por «patricios, arribeños, montañeses y andaluces» para tener entre sus filas a nuevos reclutas –voluntariamente enrolados o forzados– de las zonas aledañas (2015, p. 164).

En el Ejército Auxiliar del Perú, la desertión constituyó una amenaza para las regiones. Los desertores merodeaban las estancias, cometían asaltos, cambiaban su identidad o, incluso, si eran de zonas aledañas, llegaban a refugiarse en los ranchos de algún pariente o conocido. Y es que se consideraba como desertión estando en guarnición «el alejarse 4 kilómetros de la guardia exterior o faltar a la lista por más de 48 horas», mientras que, cuando se estaba en campaña, la distancia se acortaba a 2 kilómetros de su unidad y a la falta de tres llamados consecutivos (Rabinovich, 2013, p. 138). El ejemplo precedente nos muestra cómo el entusiasmo inicial decaía con el paso del tiempo. Pero eso no era todo, pues, por otro lado, las penas previstas contra los desertores dentro del Ejército Auxiliar del Perú también tendieron a agravarse: «seis

meses de calabozo, porte de cadenas y fierros, centenares de golpes de vara, años de servicio forzado sin derecho a sueldo y, finalmente, la muerte» (Rabinovich, 2011, p. 37).

Blanchard recoge un caso interesante para Chile. Luego de la restauración realista en 1814, José Antonio Ovalle solicitó su libertad tras acusar a su amo, Francisco Ovalle, a quien había servido por diez años, de haber apoyado a los “insurgentes” y que lo había llevado a Santiago «para servir como “soldado de la patria”»; sin embargo, pese a que los “insurgentes” ofrecían la libertad a los esclavos, él había elegido «sufrir el castigo para los desertores» y volver a casa. De esta manera, se puede ver cómo este esclavo consideró su desertión como una prueba de su poco interés por la vida militar y también de su «continua fidelidad a la corona». Como era de esperarse, su amo tenía otra versión. Según él, solo lo había hecho por temor y presión, pues los revolucionarios habían utilizado a los esclavos «para aumentar sus fuerzas, ofreciéndoles la libertad y obligando a sus dueños a entregarlos bajo la amenaza de serias penalidades» (Blanchard, 2008, pp. 114-115). Este puede ser un caso particular, pues si bien la promesa de libertad fue una de las principales causas por las cuales los esclavos se unieron a las fuerzas independentistas, también existieron otros aspectos de la vida militar que contribuyeron a generarles interés. Y es que, con la victoria de Mariano Osorio en Rancagua, muchos renegaron de su participación, mientras que otros comenzaron a huir y desertar (Alvarado Luna, 2020, p. 155).

Otros, como el soldado de artillería Francisco Abrego, también chileno, fue descrito como un «desertor incorregible». Según relata Rabinovich, Abrego desertó y fue aprehendido en numerosas ocasiones. En junio de 1811, cuando solo tenía 20 años, se había presentado como voluntario en Buenos

Aires. Tres meses después, desertó y, tras ser apresado, fue reincorporado. En 1814, en Montevideo, fue condenado por robo y, en 1818, volvió a desertar. Y no solo una vez. Lo hizo el 17 de junio y retornó al regimiento a los 4 días, volvió a desertar el 1 de agosto y, tras ser capturado el 7, volvió a desertar el 15 de diciembre hasta su (nueva) aprehensión un año más tarde. Sus argumentos fueron la falta de pago, de vestimenta y de alimentos (Rabinovich, 2013, pp. 144-145).

Hemos podido ver que las deserciones se produjeron tanto dentro del ejército realista como en las diversas expediciones hacia el Alto Perú y dentro de las fuerzas de la junta de gobierno chileno. Esta situación se volverá más común en los siguientes años, esta vez dentro de los diferentes batallones que conformaron el Ejército Libertador y el ejército realista. En ese sentido, el presente trabajo busca ser una aproximación al fenómeno muy frecuente de la deserción dentro del Ejército Libertador del Perú como del ejército realista entre los años de 1820 y 1822. Para esto, se presentarán y explicarán algunos casos y situaciones por las cuales miembros de ambos ejércitos optaron por desertar, y las implicancias que estas decisiones tuvieron en el devenir de la guerra de independencia.

2. Deserciones en el Ejército Libertador

218

Incluso, antes de la partida de la Expedición Libertadora se comenzaron a producir deserciones dentro del ejército. Así, por ejemplo, a inicios de enero de 1820 ya se comunicaba la deserción de cuarenta hombres que habían pertenecido al Ejército de los Andes, mientras que, a fines de febrero el mismo San Martín en comunicaciones con O'Higgins se quejó de la «deserción escandalosa» que se había producido en el batallón de Cazadores a caballo, las cuales ascendían a die-

ciséis efectivos. El propio comandante de dicho batallón no comprendía tal situación, pues para él «estos soldados a más de no tener el menor motivo para desertarse su comportamiento en el Cuerpo ha sido exemplar» (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, pp. 4, 30; Miller, 2009, p. 109).

A fin de evitar que esto se repita, San Martín recomendó ordenar que en todos los pasos y volquetes de la Cordillera se situasen partidas para, de este modo, frenar cualquier intento de paso de desertores al otro lado de los Andes. Esta situación se complicó aún más cuando los desertores comenzaron a llevarse sus armas. En nuevas comunicaciones con O'Higgins, San Martín dio cuenta de que 58 Granaderos a caballo habían desertado y se habían llevado parte del armamento, por lo que era urgente la toma del camino al Portillo por ser el posible paso que estos habían tomado (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, pp. 36). La medida tuvo éxito y fueron aprendidos 40 de ellos.

Si esto sucedía dentro del Ejército de los Andes, la situación dentro de los recientemente incorporados soldados del Ejército Libertador no era del todo diferente. Entre fines de abril e inicios de mayo 1820, De las Heras comunicó que, por lo menos, una treintena de hombres había desertado del Ejército, por lo que era necesario tomar las medidas correspondientes para su aprehensión (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, pp. 66-67). Otros nueve lo hicieron de los cuerpos n° 8, Granaderos y Cazadores a caballo a fines de mayo, veintitrés más a inicios de junio, así como cincuenta correspondientes a la compañía de obreros de la maestranza y otros 48 del regimiento n° 9 en julio (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, pp. 76, 79, 96).

Esta situación continuó en las siguientes semanas y prácticamente a diario. Tal como indicaron los jefes de los batallones de Infantería 4° y 5°, esto se debía a

la escasez de numerario que padecen los cuerpos [...] en el extremo de perjudicar la disciplina y subordinación de los soldados, pues es tanta la miseria en que se encuentran, que se hace imposible castigar como corresponde los delitos de deserción que estamos experimentando diariamente, sin poderla atribuir a otra cosa, que es no poderles contribuir ni escasamente para aquellos vicios que son indispensables [...]. (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971: p. 95)

Días antes del zarpe de la Expedición Libertadora, las deserciones dentro del ejército se continuaron produciendo. Así, por ejemplo, desde Valparaíso, el 8 de agosto se dio cuenta de la deserción de 11 soldados que habían fugado de los cuerpos del ejército existentes en Quillota cuatro días atrás (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, p. 110).

El embarque del ejército expedicionario, según datos de Bulnes, —con aproximadamente 4.500 soldados repartidos en dos divisiones: Andes y Chile— se inició el 19 de agosto (Bulnes, 1887-1888, p. 207). Sin embargo, según la documentación que se encuentra en la Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP), el Ejército Libertador del Perú contaba con 3.393 hombres de infantería, 717 de caballería y 532 de artillería, lo que sumaba 4.642 efectivos (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, pp. 94-95). Valparaíso, por su parte, se había convertido en el escenario perfecto donde, «en un cuadro casi teatral, se exhibía la escuadra integrada por nueve buques» (Bragoni, 2019, pp. 154-155; Espejo, 1978, p. 18). Esto último se refleja en la percepción de Miller, quien sostiene que

era un espectáculo imponente y tierno, ver cubierta la bahía de buques con bandera patriota, cuando anteriormente no entraban en ella sino a lo más un buque mercante al año; así como ver llegar diversos cuerpos que venían de

sus acantonamientos, tocando la música por medio de una multitud llena de júbilo que los bendecía y animaba [...]. (Miller, 2009, p. 116)

Si uno se queda solo con esta percepción y desconoce los pormenores previamente citados, puede tener la impresión de que la preparación del ejército no tuvo contratiempo alguno. Hemos visto que no fue así.

La expedición partió el 20 de agosto de 1820 desde Valparaíso y, tres semanas más tarde, el 7 de septiembre, ancló en la bahía de Paracas. Una vez en Pisco, San Martín buscó reclutar a la población esclava que se encontraba en los ingenios azucareros y las haciendas aledañas a fin de poder enrolarlos a su ejército (O'Phelan Godoy, 2019, p. 114; Puente Candamo, 2000, p. 47). Según sostiene Valdés, en un mes y medio, se logró aumentar las fuerzas expedicionarias con una cantidad de entre 700 y 800 «negros entresacados de la multitud de los que aquellas haciendas que se presentaron al cebo de la libertad proclamada» (1894, p. 33). García Camba, por su parte, anota que San Martín «se proveyó de cuanto producía el país, montó su caballería, sublevó con facilidad los pueblos invadidos, aumentó las filas de sus tropas con los negros de las haciendas, declarando libres a todos los que tomaban las armas» (1846 I, p. 447), a lo que el mismo virrey agrega que «la multitud de esclavos sin excepción está abiertamente decidida por los rebeldes, de cuya mano esperan la libertad» (Puente Candamo, 2000, p. 45). Las cuentas de San Martín son algo más modestas, considerando que haber conseguido 650 «de la mejor disposición para el servicio de las armas y que pueden ya alternar en las filas con los demás veteranos» (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, p. 144). Blanchard nos presenta el caso de Ildefonso, por ejemplo, quien nació en Chincha como un esclavo y, posteriormente, sirvió como sir-

viente de Miller o el de Antonio Salazar, quien fue reclutado en 1820 como un espía, guía de tropas a lo largo de la costa y facilitador para reclutar a otros al punto de llegar a servir en el Regimiento de Guías al año siguiente (2008, pp. 96-97).

Para noviembre, un gran número de esclavos alrededor de Lima había desertado de la causa realista. Sin embargo, pese a las promesas de libertad, los casos de las deserciones de la población de color no estuvieron ausentes. Según muestra Conde, la negación o suspensión de la ciudadanía «se consideró un elemento disuasivo para contener la deserción» (2019, p. 97).

La inactividad de las tropas independentistas en el Perú producto de esta visión de San Martín de no presentarse como un “conquistador” sino más bien generar la adhesión voluntaria de la población a su causa, terminó generándole problemas a la causa independentista. Y es que San Martín, según plantea Lynch, «veía una sociedad profundamente dividida entre españoles y criollos, entre blancos, mestizos, negros e indios» y, siendo consciente de estos problemas sociales, justificaba su estrategia en términos políticos, sociales y militares (2009, pp. 185-187). No obstante, en este último punto, falló y esta inacción terminó por generar descontento dentro del ejército. Así, por ejemplo, a fines de 1820 se quejó que sus generales tenían que «sujetar la deserción de las milicias» (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, p. 241).

222

Esta «estrategia cautelosa» de San Martín, como la denominó Lynch, generó el resentimiento de parte de los oficiales del Ejército Libertador, dentro de los cuales se encontró Cochrane. La impaciencia del almirante y el excesivo gasto de mantener las fuerzas navales inactivas comenzaron a minar la autoridad de San Martín sobre sus hombres (Lynch, 2009,

pp. 187-188). La situación con Cochrane fue cada vez más tensa al punto que se llegó a adueñar de los fondos del ejército independentista para pagar el sueldo de la marina, lo que generó solo tensiones entre los altos mandos del ejército sino también nuevas deserciones en el Ejército de San Martín (Alvarado Luna, 2021b, p. 169).

Sobre este punto, por ejemplo, Miller sostiene que dos sargentos «que se habían hecho notar por su bizarría e irreprehensible conducta» desaparecieron repentinamente del acantonamiento en el que se encontraban. Tras ser perseguidos y arrestados, ambos confesaron que el motivo que les había inducido a desertar fue «la fortuna que habían tenido jugando a las cartas, que en pocas noches ganaron mil quinientos duros cada uno; y considerando aquella cantidad como una grande riqueza» (2009, p. 181). El castigo que se les pensó aplicar fue el fusilamiento; sin embargo, el general en jefe consideró que entonces «se debería fusilar a todos los jugadores de la división y escasamente quedaría un oficial o soldado de ella». Si bien ambos sargentos fueron perdonados, poco tiempo después, desertaron nuevamente y no aparecieron más. Esta situación, continúa Miller, demuestra la pasión por el juego en tiempos de inacción militar (2009, p. 181).

3. Deserciones en el Ejército realista

En los primeros años de su gobierno, Pezuela sostuvo que todas las provincias del Virreinato «aunque no sean del todo afectas al Rey aborrecen la larga inquietud y guerra que padecen», pues el desgaste en los aspectos económico, militar y social de 10 años de guerra se comenzaba a sentir en la negativa de donaciones, las constantes deserciones en las tropas y la escasez de nuevos reclutas (Alvarado Luna, 2020, p. 232). Sin embargo, fue la pérdida de Chile en 1818 y los rumores

sobre el arribo de la Expedición Libertadora los que terminaron volviendo más crítica a la situación (Anna, 2003).

Debido a los constantes rumores de la conformación de una expedición militar rumbo al Perú, durante dos años, el virrey Pezuela centró sus esfuerzos en la defensa del virreinato, especialmente de Lima, a costa de las demás provincias.² Estos esfuerzos consistieron en el envío de alimentos, vestimenta, menaje y municiones para la tropa y, obviamente, hombres para reforzar los regimientos y batallones acantonados en los diversos puntos cercanos a la capital. Así, por ejemplo, las fuerzas militares en Lima, para 1819, contaban con 6.685 efectivos de tropa y 271 oficiales divididos entre el 1° Batallón Don Carlos (843 y 37), 2° Batallón Don Carlos (507 y 14), 3° Batallón Don Carlos (712 y 22), Burgos con Negros (576 y 17), Arequipa con Negros (444 y 16), Cantabrina (267 y 15), N° 4 de Milicias (482 y 20), Concordia (1.500 y 56), artillería (500 y 28), caballería (350 y 20), Dragones (354 y 24) y la guardia del virrey (150 y 12) (CDIP, tomo VIII, vol. 2, pp. 23-34).

Asimismo, los bloqueos al puerto del Callao a lo largo de 1819 llevados a cabo por el almirante inglés Thomas Cochrane, bajo bandera chilena, tuvieron un impacto negativo en la moral de la tropa y en la autoridad virreinal. Y es que, entre los meses de febrero (cuando daba inicio el carnaval) y junio de dicho año, se avizoraron las embarcaciones chilenas en las costas peruanas (Stevenson en CDIP, tomo XXVII, vol. 3, 1971, p. 255). Los constantes bombardeos ocasiona-

2 Un trabajo que ahonda a profundidad el tema se puede encontrar en Alvarado Luna, P. La amenaza fantasma: el virrey Pezuela frente a la Expedición Libertadora (1818-1820). *Revista del Instituto Riva-Agüero*, 6(1), 2021, pp. 131-178.

ron que los alimentos y el agua comenzasen a escasear en el puerto, como así también lo hizo para los sitiadores debido a lo prolongada de su estadía (Pezuela, 1947, p. 682). La preocupación de Pezuela frente a esta situación era notoria. Tal como sostiene en sus *Memorias*, los vecinos de Supe —donde Cochrane había desembarcado el 5 de abril— daba

sobrada ida para concebir la decidida voluntad que tienen a los enemigos los habitantes de la costa desde Chancay a Santa, sobre la experiencia que antes nos ha dicho lo mismo cuando han sido llamados los milicianos de ella para aumentar esta guarnición, pues el que no ha desertado en la marcha lo ha ejecutado después en los primeros días de su llegada, con tanta astucia que por milagro se ha cogido uno. (Pezuela, 1947, pp. 430-431)

A esta situación podemos sumarle el mal clima que, según sostiene Sánchez, azotó al virreinato peruano en 1817. Sus estragos se sintieron en los años siguientes y provocaron la propagación de una epidemia cuyos efectos se comenzaron a sentir a inicios de 1818, además de la falta de pan y un mal clima a lo largo de 1819, lo que generó una «avalancha de enfermos» en la capital (Sánchez, 2001, pp. 240-247).

Pero Cochrane no se limitó a sitiar solo el Callao. La escuadra también tuvo presencia en el norte y, el éxito en la región considera Hernández, fue la actitud de la población de Paita, que huyó a los poblados cercanos a fin de resguardarse y observar los movimientos de los enemigos (2008, p. 277). Un nuevo ataque se emprendió a las costas del virreinato por parte de Cochrane a inicios de octubre; sin embargo, esta se limitó a la preparación de algunas balsas incendiarias y pruebas de disparos con el objetivo de generar pánico en la po-

blación de Lima y el primer puerto (Alvarado Luna, 2021a, p. 149). Pese a los elogios vertidos por el virrey a los jefes, oficiales y tropas, considerando que «tan valiente y decididamente se portaron» (Pezuela, 1947, p. 544), la moral dentro del ejército comenzaba a flaquear.

El 1 de marzo de 1820, el virrey decretó la formación del Ejército de Lima, afianzando su idea de proteger a la capital por sobre todos los demás territorios.³ Este nuevo cuerpo tendría al mismo virrey como su comandante en jefe; a José de la Serna, como su segundo; y a José de la Mar, subinspector general, como el jefe del Estado Mayor (Pezuela, 1947, pp. 661-668). Pese a contar con un total de 5.308 efectivos pertenecientes a los batallones I y II del Infante, Arequipa, Cantabria, Numancia, Granaderos y Cazadores de Burgos, el virrey solicitó dos unidades más: los Granaderos de la Reserva y el escuadrón de Dragones de la Unión; sin embargo, producto de los avances del ejército de Bolívar en el norte, los Granaderos de la Reserva se quedarían en Guayaquil (Albi de la Cuesta, 2009, p. 251).

Así, aún tras la partida de Cochrane, a inicios de 1820 la situación en Lima comenzó a empeorar. Según sostiene Julio Albi de la Cuesta, «el erario se encontraba cada vez más corto de fondos» (2009, p. 250), idea que refuerza el mismo Pezuela al considerar que

226

ni el Consulado, ni la Junta de arbitrios ni corporación alguna de las que reunió en mi Palacio me presentaron arbitrio con que cubrir 196 mil pesos que

3 Esta medida, sin embargo, le traerá problemas con los altos mandos del ejército virreinal quienes, como La Serna, consideraban que era mejor el repliegue del ejército hacia el interior del país.

faltaban para pagar las obligaciones militares del mes entrante, de manera que nunca me vi, en los 4 años de este penoso mando, en un apuro tan grande [...]. (Pezuela, 1947, pp. 703-704)

Y es que, sin dinero, no se puede alimentar ni vestir a la tropa y, especialmente, generar los pagos correspondientes. Sin eso, y en tal situación de inestabilidad en el virreinato, no era difícil imaginar que las deserciones aumentarían, mientras que la desmoralización de la tropa complicaba su movilización y desmovilización (Albi de la Cuesta, 2009, p. 251). Veamos un caso concreto. Hemos hecho mención de la creación del Ejército de Lima, el cual contaba con 5.308 efectivos. En números todo parecía indicar una situación estable; no obstante, García Camba nos proporciona otra visión:

El ejército de Lima, que continúa recibiendo reclutas para reemplazar las bajas causadas por la incesante deserción, compuesto al mismo tiempo en parte de tropas de milicias que se habían acuartelado y desacuuartelado conforme al tenor de las noticias de que eran portadores los extranjeros [...] no podían prometer una lisonjera esperanza de defensa y llegaba pronto el caso de abrir con él una campaña activa [...]. (1846 I, pp. 444)

A fin de evitar futuras deserciones y subir la moral de los oficiales realistas, el virrey optó por realizar algunos ascensos. Así, por ejemplo, se ascendió al grado de mariscal de campo a José de la Mar, Manuel Llano y Antonio Vacaro; al grado de brigadieres a Francisco Reyna, Juan Antonio Monet y a Tomás Blanco Cabrera; y al grado de coroneles, a Rafael Ceballos, Ruperto Delgado y José Rodil (Pezuela, 1947, p. 692).

Pese al arribo a Lima de refuerzos provenientes de diferentes

puntos del virreinato, especialmente de la costa, como Ica, Cañete, Tarma y Huaura, así como algunos recursos como lo fueron sal, azúcar, algodón y menestras, la preparación de estos hombres distaba de ser la mejor. A mediados de 1820, el general García Camba hizo referencia a que varios de los oficiales dentro del ejército realista contaban con «una avanzada edad y achaques», mientras que otros eran «demasiado niños, sin instrucción ni experiencia» (García Camba, 1846 I, pp. 444). Pero eso no fue todo. En otro informe, el mismo general enfatizó el tema de la edad considerando que «no se puede tener una esperanza igual a sus deseos por falta de experiencia» y que, como los demás cuerpos del ejército «apenas saben la posición, además de componer su número máximo, hombres que jamás han visto un enemigo». La caballería, por su parte, se hallaba en peor estado. Según el mismo García Camba, el difícil manejo de los caballos «cuando no se sabe conducir bien» podía ocasionar que recién en unos 230 días sus efectivos puedan batirse con los enemigos (CDIP, tomo VIII, vol. 3, 1971, pp. 330-331).

La expedición emprendida por el general Álvarez de Arenales generó zozobra dentro del ejército realista y «un rastro de sublevaciones» (Albi de la Cuesta, 2019, p. 251). A medida que la defensa de Lima se convirtió en un tema primordial para el virrey, la falta de medios económicos para el pago de las tropas se hizo cada vez más frecuente, lo que terminó por traducirse en mayor cantidad de motines y deserciones. Por otro lado, es importante destacar que, en estos años, pese a poseer nombres de viejas unidades peninsulares, el grueso del ejército realista era americano y, según el propio virrey, carecía de la experiencia necesaria (Albi de la Cuesta, 2019, pp. 264; 279).

La desertión que más afectó al gobierno virreinal del Perú fue, sin lugar a duda, la del batallón Numancia, el cual había sido enviado desde España a Venezuela a las órdenes del general Morillo y formaba la retaguardia de una división realista que había avanzado desde Copacabana para hacer un reconocimiento (Miller, 2009, pp. 124-125). Pese a contar en 1820 con una mayoría colombiana en reemplazo de las bajas producidas en los últimos años, la desertión fue una sorpresa para los realistas; sin embargo, según deja entrever San Martín, no lo fue para él, pues envió al coronel Alvarado para que pudiese marchar a Chancay con la caballería para apoyar la desertión del Numancia «de cuyas intenciones secretas» anota, tenía repetidos avisos (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, p. 160). Y esto porque, ya desde mediados de noviembre, el ejército se encontraba en Huacho, al norte de Lima, teniendo como posición estratégica al valle de Huaura.

Los esfuerzos de San Martín y la precaria situación en la que se encontraba el gobierno virreinal dieron sus frutos. A fines de noviembre de 1820 algunos oficiales y soldados del Numancia desertaron y se unieron a las fuerzas independentistas. El 2 de diciembre, la unidad se alzó en armas, capturaron a su coronel y a cinco oficiales. La acción se completó el día 6. Toda la fuerza del batallón Numancia, la cual ascendía a unas 800 plazas, sin contar a los músicos, desertó. Según sostiene Albi de la Cuesta, la sublevación fue dirigida por los jefes de las dos compañías «en teoría más fiables», Tomás Heres y Ramón Herrera, capitanes de los Granaderos y los Cazadores, respectivamente (2009, p. 285). Asimismo, producto de la presencia de las fuerzas independentistas y las comunicaciones entabladas entre San Martín y el intendente de Trujillo, José Bernardo Tagle, marqués de Torre Tagle, esta región al norte del virreinato declaró su independencia

a fines de diciembre de 1820 (Anna, 2003, p. 216; Puente Brunke, 2012, p. 192).

Ambas noticias tuvieron un efecto devastador sobre la moral del ejército realista y sobre la ya gastada autoridad del virrey Pezuela, a la par que generó controversia dentro de los altos mandos militares. A ojos de Valdés, el virrey había sido imprudente por haber situado «en tan expuesta posición» al Numancia, lo que, a su parecer, había facilitado su deserción. A su vez, esto le proporcionó a San Martín 650 hombres «en general bien disciplinados» (Valdés, 1894, p. 33). La situación fue diferente para las fuerzas de San Martín, quien decidió concederle las gracias y el traslado a Huacho «considerando el estado de fatiga y desnudes en que se halla después de tan continuas y penosas marchas» (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, pp. 166-167; Mitre, 2012, pp. 547-548).

La noticia de la deserción del Numancia fue utilizada por San Martín quien sostuvo que tras este acontecimiento «el espíritu de deserción es una especie de enfermedad endémica en las tropas del rey» ya sea por temor o por adhesión «todos desean evadir el encuentro con los valientes que han llenado de consuelo estos pueblos y de aflicción a sus opresores» (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, p. 174). Sin embargo, algunos de estos nuevos reclutas terminaron por desertar también del Ejército Libertador. Según Valdés, esto se produjo porque estaban acostumbrados «a un buen trato y a la percepción puntual de sus socorros [...] no pudiendo sobrellevar la dureza y miseria de su nuevo servicio» (1894, p. 33); sin embargo, como hemos visto, esto distaba de ser realidad.

230

El miedo a nuevas deserciones como las del Numancia, a inicios de 1821, comenzó a preocupar a los generales realistas. Aprovechando esta situación, San Martín optó por movilizar

al ejército en dirección al norte, donde logró reclutar más desertores del ejército realista (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, 214; 221). Las deserciones fueron frecuentes en los meses siguientes.

A medio mes de haberse declarado la independencia en Lima, nuevamente Monteagudo se regocijaba por la situación que vivía el ejército realista. Según su percepción, y haciendo alusión al bloqueo y sitio al Callao, consideró que «cada día se hace sentir más el conflicto de los sitiados por la deserción que padecen y por las necesidades que sufren» (CDIP, tomo VI, vol. 2, 1971, pp. 311). Por su parte, Miller anota que solo en un día, 100 realistas desertaron para unirse a los independentistas, cantidad que días más tarde –según él– aumentó a más de 1.000 «a pesar de las precauciones y severidad de sus jefes» (Miller, 2009, pp. 164, 167).

4. Entre dos banderas: casos de altos mandos militares

Hasta este punto, hemos visto las constantes y diversas deserciones producidas a lo largo de los años de la presencia de San Martín en el Perú. Desde soldados, cabos y tenientes recientemente incorporados al ejército hasta veteranos, la deserción siempre estuvo presente. Y también llegó a los altos mandos militares. Como último punto, a fin de presentar solo algunos casos concretos, procedemos a analizar la participación dentro del ejército realista de José de la Mar, Agustín Gamarra, Andrés de Santa Cruz y Ramón Castilla a fin de poder esbozar algunas respuestas a los motivos por los cuales terminaron desertando y uniéndose a la causa independentista.

 231

4.1. José de la Mar

José de la Mar nació en Cuenca el 12 de mayo de 1776. Hijo del matrimonio de don Marcos La Mar y doña Josefa Cor-

tázar, de niño viajó a España junto con su tío, quien, gracias a sus influencias, le consiguió una plaza en el Regimiento de Saboya, el cual estaba reservado para miembros de la nobleza (Hamann, 1965, p. 6). En 1808, cuando se produce la crisis de la monarquía española, La Mar, con el grado de teniente coronel, se halla en la defensa de Zaragoza como artillero. Sin embargo, un año después la plaza se vio en la obligación de capitular debido a la peste.

Culminada la lucha en España, en 1815 José de la Mar fue premiado con el grado de brigadier y la Militar Orden de San Hermenegildo, y fue destinado al virreinato peruano para tomar el puesto de subinspector general de artillería, a donde llegó en 1816 (Hamann, 1965, p. 8). La importancia del ramo de artillería será tal que, entre 1818 e inicios de 1821, La Mar se encontró en todas las juntas de guerra convocadas por Pezuela con el encargo de arbitrar los medios para el aumento de las tropas con miras a la defensa de Lima. Esto, como hemos visto anteriormente, le valió el nombramiento del Mayor General del Ejército de Lima en marzo de 1820 para luego ser ascendido a Mariscal de Campo.

Tal fue la confianza depositada en La Mar que el mismo virrey hizo caso omiso a los rumores de su posible desertión y comunicaciones con San Martín. Ahora bien, es interesante notar que pese a la crítica situación que vivía el gobierno virreinal a inicios de 1821, La Mar no se encuentra entre los firmantes del «pronunciamiento» de Aznapuquio. Queda preguntarnos, entonces, si su ausencia se debió, como sostiene Hamann, a su lealtad al virrey o a su desinterés, para estos momentos, por la causa virreinal, aunque formará parte de la comitiva del virrey La Serna durante las negociaciones de paz en Punchauca (1965, p. 12).

Con el retiro de La Serna de Lima, La Mar se quedó a cargo de la defensa de los castillos del Callao. Sin embargo, la falta de recursos, el bloqueo marítimo y el mal estado de la plaza dificultaron esta tarea. A esto hay que sumarle la orden de refugiarse en su interior a unos 900 enfermos. Finalmente, el 19 de septiembre, sin más recursos para sostenerse por más tiempo, la guarnición del Callao capituló. Dos días más tarde, la plaza del Callao fue ocupada por las armas independentistas y el general La Mar pasó a formar parte de este ejército (García Camba, 1846 I, pp. 421-431).

A nuestro parecer, la desertión de La Mar puede explicarse por la situación de inestabilidad política que se vivía en Lima, la imposibilidad de seguir sosteniendo militarmente el Callao y las noticias del avance de las huestes de Bolívar en el norte. Incluso, creemos que existe la posibilidad de que este cambio de fidelidad se haya debido no por un «tema patriótico», sino de sobrevivencia personal y a la posibilidad –no remota– de mejorar su carrera militar en de las nuevas repúblicas (Alvarado, 2021b, p. 169).

4.2. Agustín Gamarra

Agustín Gamarra nació en el Cuzco el 27 de agosto de 1785. Hijo de don Francisco Gamarra, de origen español, y de doña Josefa Petronila Massia, india, pasó sus primeros años de vida bajo la influencia paterna (Guerra Martinière, 1965, p. 5). Tras cursar estudios en el Colegio de San Francisco del Cuzco, en 1809, se incorporó al ejército realista, primero bajo las órdenes de Goyeneche en las batallas de Guaqui, Salta y Tucumán, y luego bajo las de Pezuela en Vilcapuquio y Ayohuma.

Sofocada la rebelión del Cuzco, Gamarra formó parte de la Junta de Pacificación, aunque, según anota Guerra, fue ex-

pulsado del Tribunal por mostrarse débil, pues «en lugar de perseguir a los culpables con ensañamiento y castigarlos con todo rigor, trató de ayudarlos» (1965, p. 7). Esta situación, continúa Guerra, generó que Gamarra empezara «por sentirse más ligado a los rebeldes que a sus jefes españoles, en vista de las injusticias sufridas por él y los demás americanos que aún se tenían por leales a la Corona española» y lo llevó a darse cuenta «que el orden tradicional que él había admirado era falso y comenzaron a desvanecerse sus dudas sobre el partido que debería tomar» (1965, p. 7). No estamos de acuerdo con dicha aseveración. De ser esto cierto, Gamarra hubiese desertado a la primera oportunidad; sin embargo, esto no se produjo sino casi medio lustro más tarde.

Si bien entre fines del gobierno de Abascal e inicios del de Pezuela fue ascendido a coronel y jefe del Primer Regimiento del Cuzco, también estuvo presente en algunas conspiraciones. Incluso los demás jefes realistas, como Canterac, Valdés y Lóriga, le recomendaron al virrey apartar a Gamarra del mando del 2° batallón del 1° regimiento, especialmente por sus continuas reuniones y visitas al abogado López Aldana; sin embargo, Pezuela hizo caso omiso a esta recomendación (Alvarado Luna, 2020, p. 282).

Finalmente, el 24 de enero de 1821, cuando la situación del ejército realista se encontraba crítica en Lima, Agustín Gamarra desertó y se unió a las filas independentistas. Ese día, junto a él, desertaron los coroneles José Miguel Velasco y Juan Eléspuru, así como el capitán Blas Cerdeña, algunos cabos, sargentos y otros soldados.

Ya dentro del ejército independentista, Gamarra fue remitido por San Martín a la sierra y se le confió la dirección de las guerrillas que hostigaban a los realistas, pero sin entablar un

combate directo. No obstante, pese a que, en comunicaciones con el Libertador, le asegura que cumpliría sus órdenes (Gamarra, 1954, p. 3), las terminó por desobedecer, lo que le resultó desfavorable a las fuerzas independentistas y le costó ser enjuiciado (Guerra Martinière, 1965, pp. 10-11). A pesar de este primer impase, cuando se emprendió la segunda campaña a la sierra, se le confirió a Gamarra ser el jefe del Estado Mayor del Ejército bajo las órdenes de Álvarez de Arenales. Para octubre de 1821, Gamarra se refirió a San Martín como el único capaz de gobernar al Perú por haber roto «las duras cadenas que le oprimían por más de tres centurias» (1954, p. 5).

4.3. Andrés de Santa Cruz

El 30 de noviembre de 1792, en la ciudad de La Paz –recientemente incorporada al virreinato del Río de la Plata– nació Jossef Andrés Santa Cruz, hijo del mariscal de campo don Josef Santa Cruz y Villavivanco, y de doña Juana Basilia Calahumana. De niño, Santa Cruz asistió a la escuela en San Francisco de La Paz, y completó su formación en el colegio San Bernardo del Cuzco (Zamalloa, 1965, p. 68; O’Phelan Godoy, 2009, p. 24).

Con solo 17 años y con el grado de Alférez, se enroló en agosto de 1809 al Regimiento Dragones de Apolobamba, bajo el mando de su padre. En este, el joven Santa Cruz fue testigo de la primera victoria de Goyeneche y la derrota de Pedro Domingo Murillo, así como los debates sobre el futuro político del Alto Perú (Santa Cruz, 1976: I, p. 89). La batalla de Huaqui se llevó a cabo el 20 de junio de 1811 y fue el bautizo militar de Andrés Santa Cruz y en mérito a todas sus acciones desde 1809 fue ascendido al grado de Mayor en 1816. Ya con este grado, participó exitosamente en la batalla de Cinti bajo las órdenes de los coroneles Centeno y Olarría

lo cual le hizo merecedor del ascenso a teniente coronel en febrero de 1817.

Con el arribo de La Serna al Alto Perú en reemplazo de Pezuela, ahora nuevo virrey del Perú, se optó por situar la base de operaciones del ejército en Tarija. Para esto, se nombró al coronel Mateo Ramírez y como subcomandante a Andrés de Santa Cruz (Albi de la Cuesta, 2019, p. 158). La situación no fue la más favorable, pues para el 15 de abril de 1817 las fuerzas realistas capitularon entregando las armas en el morro de San Juan. Tras la capitulación, Santa Cruz, junto con los demás jefes realistas, fue puesto prisionero y trasladado, primero, al cuartel de Martín Güemes en Salta, al cuartel general de Belgrano en Tucumán y, finalmente, a Las Bruscas. De último punto logró escapar y dirigirse a Río de Janeiro para proseguir a Lima (Urquiza Sossa, 1976: I, p. 72).

Una vez en Lima, Santa Cruz volvió a enrolarse en el ejército realista y fue designado comandante de la costa sur. Sin embargo, su situación se tornó cada vez más complicada, especialmente por la falta de pagos. Tal como le escribió al virrey Pezuela, pese a los avatares que había sufrido

encuentro hoy mil entorpecimientos en el cobro de las pagas que me corresponden como a tal comandante [...] cuya falta originada precisamente de mi prisión causa las dudas de que se resiente mi opinión [y se cuestiona:] ¿no me ha de ser sensible señor Excmo. verla así ya expuesta sin otro principio que el haber agregado nuevos sacrificios a los méritos y servicios con que en presencia de V. E. y en la dilatada campaña del Perú he podido cimentarla?⁴

4 AMSC. *Santa Cruz a Pezuela*. Chorrillos, 02.01.1820.

Junto a O'Reilly, a Santa Cruz se le encomendó obstaculizar el avance de San Martín, quien en septiembre de 1820 había desembarcado en las costas de Pisco al mando de la Expedición Libertadora; sin embargo, fue nuevamente derrotado en la batalla de Cerro de Pasco el 6 de diciembre de 1820 (Zamalloa, 1965, p. 69). Esta nueva derrota, sumada a la falta de pagos por parte del ejército realista y al avance de las fuerzas de San Martín, hicieron que Santa Cruz entregase su espada al Mayor del Ejército independentista, Juan Lavalle y, posteriormente, a San Martín.

Ahora como parte del Ejército Libertador, Santa Cruz logró conservar su graduación de teniente coronel. Tal fue la confianza que se le tuvo que se le destinó en calidad de jefe de Batallón a la unidad del general Antonio Álvarez de Arenales, aquel que poco tiempo atrás lo había derrotado en batalla (Urquiza Sossa, 1976: I, p. 73). Su accionar fue recompensado, al poco tiempo, con la Orden del Sol del Perú y con el ascenso al grado de coronel, otorgado este último por Torre Tagle el 6 de julio de 1821. Como coronel, Santa Cruz fue destinado a la guarnición de Cajamarca en calidad de jefe para ser luego transferido a la jefatura de Piura, donde tuvo la misión de reclutar y preparar a los cuerpos de voluntarios para el Ejército Libertador. En 1822, conoció a Sucre ante la negativa de Álvarez de Arenales de combatir bajo las órdenes de Bolívar, se responsabilizó del mando de la División Peruana –formada por las milicias y reclutas que había entrenado– y marchó en ayuda de Sucre. Así, el 9 de febrero de 1822 logró apoderarse de las provincias de Loja y Cuenca. Ahora bien, estas victorias fueron posibles gracias al desacato de Santa Cruz a las órdenes de San Martín de replegarse nuevamente en dirección a Piura.

Junto con Sucre, Santa Cruz inició la campaña de Quito, la cual culminó con la derrota de Aymerich en Riobamba el 25 de abril de 1822, y ocupó Turubamba, cerca de Quito, el 21 de mayo. Tres días más tarde, se produjo la batalla de Pichincha. Si bien San Martín había optado por Álvarez de Arenales para comandar las tropas del Perú, la negativa de este último alegando motivos de salud hizo que se le entregue el mando a Santa Cruz, quien reorganizó las tropas de la siguiente manera: Batallón Trujillo n° 2; Batallón Piura n° 4, Escuadrón Cazadores y el Escuadrón Granaderos. Los efectivos ascendían a 1.622 combatientes, mientras que la División colombiana al mando de Sucre contaba con 1.200 hombres, con lo cual Sucre pudo organizar el denominado “Ejército del Sud” con 2.866 efectivos.

Según considera Urquiza Sossa, el «genio militar de Santa Cruz, vanguardia la sangrienta batalla de Pichincha, desplegando con su batallón Trujillo, audacia y heroísmo ejemplares que causan admiración y la independencia del Ecuador» (1976: I, p. 74). Tras la batalla, Santa Cruz fue acreedor de la medalla de libertador y benemérito de Pichincha, así como el ascenso a general de brigada del Ejército colombiano.

4.4. Ramón Castilla

Ramón Castilla, hijo de don Pedro Castilla y Manzano y de doña Francisca Marquesado Romero, nació el 31 de agosto de 1797 en Tarapacá (Dulanto, 1943, p. 15). En 1812, como respuesta a las noticias de los primeros movimientos juntistas de La Paz y Buenos Aires, tras la convocatoria del intendente, un joven Ramón de 15 años y su hermano Leandro se enrolaron a las filas del ejército realista. Según sostiene Dulanto, la remuneración no era mucha, pero a Castilla «le gusta un mundo su uniforme, y quizá sí sueña en llegar hasta

el cuerpo de oficiales» (Dulanto, 1943, p. 17). No es mucho tiempo el que Castilla estuvo enrolado como voluntario, pero cuatro años más tarde se vuelve a enrolar y, ahora con 19 años, ingresó como cadete en el Regimiento de Dragones de la Unión (Vargas Ugarte, 1962, p. 20).

Encontrase también presente en la batalla de Chacabuco, donde las tropas realistas fueron abatidas por las fuerzas de San Martín y O'Higgins, por lo que tuvo que emprender la retirada hacia el sur. Hecho prisionero poco tiempo después, fue remitido primero a Santiago y luego a San Luis, al otro lado de la cordillera de los Andes. Posteriormente fue enviado a Buenos Aires, de donde logra huir, primero a Montevideo y finalmente a Río de Janeiro, donde se le dan las facilidades para volver al Perú (Vargas Ugarte, 1962, p. 21; Dulanto, 1943, pp. 19-20). La ruta de vuelta al Perú fue dura. Tomando la ruta desde Puno al Cuzco, arribó a mediados de agosto de 1818 a Huancavelica y, días más tarde, a Lima. En esta ciudad, Pezuela lo recibió con agrado y lo incorporó al Regimiento de Dragones del Perú, el cual se encontraba bajo las órdenes del coronel Landázuri (Vargas Ugarte, 1962, p. 24).

Desde su retorno al Perú, no fue mucho el tiempo que Castilla estuvo al servicio de las armas del rey. Tras una breve estancia en Lima, se le destinó, bajo las órdenes del brigadier Ricafort, a Arequipa y al Regimiento Dragones de la Unión. No fue sino hasta el arribo de la Expedición Libertadora y de las expediciones de Álvarez de Arenales a la sierra que la lealtad de Castilla cambió. Este cambio, consideramos, no fue por una convicción o, como sostiene Vargas Ugarte, un «despertar del entusiasmo [...] cayendo en la cuenta de la justicia que asistía a los patriotas y de la nobleza de su causa [cuando] el patriotismo prendió en su pecho» (1962, pp. 26-27), sino más bien porque había caído prisionero, igual que

Santa Cruz, por las fuerzas independentistas. Bajo la bandera independentista, Ramón Castilla formó parte de los Húsares de la Legión Peruana bajo las órdenes del sargento mayor Aramburú.

5. Reflexiones finales

Las constantes deserciones ocasionaron, por momentos, la imposibilidad de llevar a cabo con éxito los esfuerzos de la guerra al punto que, al presentarse la oportunidad, muchos de los soldados no vacilaban en desertar. De esta manera, la deserción, en su conjunto, jugó un rol fundamental como limitante tanto de la propagación de la revolución como de la contrarrevolución virreinal, especialmente luego de 1814. Y es que la persecución, apresamiento y posterior castigo constituían los principales objetivos del ejército y, a su vez, un gasto económico y logístico que, en tiempos de carestía económica, representaba un duro golpe para el erario debido a que con cada desertor no solo se perdía un hombre, sino que se generaba un ambiente de desconfianza y desobediencia dentro del ejército.

En las líneas precedentes hemos visto los diversos motivos por los cuales los miembros del ejército, ya sea realista como independentista, desertaron. Las razones son similares en ambos bandos: la falta de paga, la carencia de alimentos y vestimenta –al punto de algunos encontrarse en total desnudez–, por alegados maltratos de sus superiores e incluso por la prolongación de la contienda. Esto último es entendible porque una importante porción de la tropa estuvo conformada por voluntarios que vieron en su enrolamiento la posibilidad de ascender social y económicamente pero también por otro número importante de hombres que fueron enrolados mediante levas. Estos últimos, claramente, no tenían ni la

disciplina ni el interés por servir por varios años una causa que, a simple vista, no tenía un futuro certero.

Otros, como los casos de los altos mandos militares, quienes habían servido en el ejército realista desde el inicio del proceso de independencia en 1808/1809, optaron por abandonar las armas del rey y adherirse a las causa independentista más que por un «llamado de la Patria» por el contexto de inestabilidad e incertidumbre en el cual se encontraba el virreinato peruano, las sucesivas derrotas realistas entre 1820 y 1821, las capturas que habían sufrido y, especialmente, por un instinto de supervivencia y la posibilidad de conservar sus rangos militares —o mejorarlos— dentro de la nueva estructura política que se iba gestando. Hay que recordar que los cuatro casos presentados son americanos y, por lo tanto, consideraron que tenían buenas posibilidades de mejora en la naciente república peruana.

Recibido: 14 de octubre del 2022

Aprobado: 15 de marzo del 2023

Fuentes primarias publicadas

Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP).

Referencias bibliográficas

Albi de la Cuesta, J.
(2009) *El último virrey*. Madrid: Ollero y Ramos.

Albi de la Cuesta, J.
(2019) *Banderas olvidadas*. Desperta Ferro Ediciones.

Anna, T.

(2003) *La caída del gobierno español en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.

Alvarado Luna, P.

(2020) *Virreyes en armas. Abascal, Pezuela y La Serna: la lucha contrarrevolucionaria desde el virreinato del Perú (1808-1826)*. Instituto Riva-Agüero.

(2021a) La amenaza fantasma: el virrey Pezuela frente a la Expedición Libertadora (1818-1820). *Revista del Instituto Riva-Agüero*, 6(1), pp. 131-178.

(2021b) El Imperio contraataca: incursiones del ejército Realista español en la Lima Independiente, 1821-1824. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n.º 1e (noviembre), pp. 157-192.

Blanchard, P.

(2008) *Under the flags of freedom. Slave Soldiers & the Wars of Independence in Spanish South America*. University of Pittsburgh Press.

Bragoni, B.

(2019) *San Martín. Una biografía política del Libertador*. Edhasa.

Bulnes, G.

(1887-1888). *Historia de la Expedición Libertadora del Perú (1817-1822)*. Tomo I. Rafael Jover Editor.

Conde, J.

242

(2019) De esclavos a soldados de la patria: el Ejército Libertador como garante de la libertad y la ciudadanía, *Co-herencia*, 16(31), pp. 79-100.

Díaz Venteo, F.

(1948) *Campañas militares del virrey Abascal*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

- Dulanto, J.
(1943) *Ramón Castilla*. Compañía de Impresiones y Publicidad.
- Espejo, G.
(1978) *Apuntes históricos sobre la Expedición Libertadora del Perú, 1820*. Instituto Nacional Sanmartiniano.
- Gamarra, A.
(1954) *Epistolario*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- García Camba, A.
(1846) *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú, 1809-1825*, vols. 1 y 2. Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía.
- Guerra Martinière, M.
(1965) *Agustín Gamarra*. Editorial Universitaria.
- Hamann, S.
(1965) *José de la Mar*. Editorial Universitaria.
- Hernández, E.
(2008) *La élite piurana y la independencia del Perú: la lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)*. Universidad de Piura; Instituto Riva-Agüero.
- Luqui, J.
(2006) *Por el rey, la fe y la patria. El ejército realista del Perú en la independencia sudamericana, 1810-1825*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica.
- Lynch, J.
(2009) *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*. Crítica.
- Miller, J. (Ed.).
(2009) *Memorias del general Guillermo Miller: al servicio de la República del Perú*. Espasa.

Mitre, B.
(2012) *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Editorial El Ateneo.

Morea, A.
(2015) Las deserciones en el Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia en el Río de la Plata, 1810-1820. Una aproximación cualitativa. *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos*. *Nueva Época (Sevilla)*, número especial, pp. 159-197.

O'Phelan Godoy, S.
(2009) Santa Cruz y Gamarra: el proyecto de la Confederación y el control político en el sur andino. En C. Donoso y J. Rosenblitt (Eds.), *Guerra, región y nación. La Confederación Perú-boliviana, 1836-1839* (pp. 17-38). Gobierno de Chile; Universidad Andrés Bello; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

(2019) El norte patriota y el sur realista. La división territorial del Perú en el contexto de la Independencia. En S. O'Phelan Godoy y A. C. Ibarra (Comps.), *Territorialidad y poder regional en las independencias de México y Perú* (pp. 389-428). Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Pezuela, J. de la.
(1947) *Memoria de Gobierno*. Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena (Eds.). Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

Puente Brunke, J. de la.
(2012) “Todo fue atolondramiento, todo confusión”. Los militares realistas en la guerra de independencia del Perú y sus desavenencias”. En C. McEvoy, M. Novoa y E. Palti (Eds.), *En el nudo del imperio. Independencia y democracia en el Perú* (pp. 187-206). Instituto de Estudios Peruanos; Instituto Francés de Estudios Andinos.

- Puente Candamo, J. A. de la.
(2000) *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario*. Editorial Nueva Mayoría.
- Rabinovich, A.
(2011) El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata: 1810-1829. *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 22 (1), pp. 33-56.
(2013) *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824*. Sudamericana.
- Sánchez, S.
(2001) Clima, hambre y enfermedad en Lima durante la guerra independentista (1817-1826). En S. O'Phelan Godoy (Comp.), *La independencia del Perú: de los Borbones a Bolívar*, (pp. 237-264). Instituto Riva-Agüero.
- Santa Cruz, V.
(1976) Actuación del mariscal Santa Cruz en la guerra de independencia. En *La vida y obra del Mariscal Andrés Santa Cruz*. Tomo I (pp. 89-111). Biblioteca Paceaña.
- Urquiza Sossa, C.
(1976) Andrés de Santa Cruz en el periodo de la independencia. En *La vida y obra del Mariscal Andrés Santa Cruz*. Tomo I (pp. 70- 86). Biblioteca Paceaña.
- Valdés, J.
(1894) *Causas que motivaron la pérdida del Perú*. Imprenta de la viuda de Minuesa de los Ríos.
- Vargas Ugarte, R.
(1962) *Ramón Castilla*. Imprenta López.
- Zamalloa, R.
(1965) *Andrés de Santa Cruz*. Editorial Universitaria.